

*THE JOURNAL OF MODERN  
AFRICAN STUDIES*

Vol. 8, núm. 1, abril 1970

CHRISTOPHER CLAPHAM: *The Context of African Political Thought* (El contexto del pensamiento político africano), págs. 1-14.

El término «ideología» ha sido empleado, en ocasiones, en diferente sentido, para denotar «actitudes» políticas más bien que una teoría explícitamente formulada. Así es adoptado por Zolberg, por ejemplo, en su discusión acerca de la ideología del partido único, con el deseo de mostrar que los dirigentes de partidos únicos del Africa Occidental manifiestan un punto de vista común acerca del progreso político. Las actitudes políticas de las élites son, ciertamente, un genuino e importante campo de estudio puesto que muchas veces es posible descubrir ideologías aún en casos en que los dirigentes no pretendían formularlas. En ciertos casos, la ideología está revelada por los comentarios de los ministros y de los periódicos del partido. Tal ideología no implica ninguna doctrina explicativa, indicación que intente guiar o coordinar conscientemente su desarrollo. Si se niega que Guinea (que pretende estar guiada por una ideología formulada conscientemente) es más «ideológica» que la Costa de Marfil, cualquier tipo de comparación, formulado en esos términos, debe ser abandonado claramente. Este tipo de definición crea dificultades

des cuando se trata de ver cómo un país carece de ideología. Es frecuente aún acudir a abstracciones tales como «el pensamiento político de Modibo Keita» o «las teorías políticas de Julius Nyerere» que pudieran ser comparadas a sistemas de filosofía política semejantes a las «clásicas» teorías políticas de Hobbes o Rousseau. Cualquier colección de discursos o escritos ocasionales revelan frases que pudieran ser comparadas con teorías políticas. El llamamiento a la unidad nacional es generalmente irresistible a un Gobierno enfrentado a la desunión. La mayoría de los Gobiernos apelan a exhortar a sus pueblos para que trabajen duramente por los objetivos nacionales. Ambos temas pueden mostrar indicios de la ideología del partido único. Por otra parte, los dirigentes acuden a diferentes ideas y adoptan políticas divergentes, aun en el caso de circunstancias muy similares. La Declaración de Arusha muestra que ciertas ideas pueden desempeñar un papel activo creando presiones en el ambiente.

MORRIS E. ZUKERMAN: *Nigerian Crisis: Economic Impact on the North* (La crisis nigeriana: impacto económico en el Norte), págs. 37-54.

En mayo de 1966, poco después de la promulgación de decretos impopulares por el comandante Ibo, Aguiyi-Ironsi, estallaron una serie de disturbios en los centros urbanos del Norte, de los cuales los más graves ocurrieron en Kano, al atacar los hausas, de origen norteño, a

las familias Ibo, originarias de las zonas orientales del país. En tres días, más de cien Ibos fueron asesinados. A mitad de septiembre ocurrió una segunda oleada de tumultos en las ciudades del Este donde los Ibos asaltaron y quemaron casas de los norteños, golpeando y matando, a veces, a sus ocupantes. Una semana después, violentos incidentes sacudieron a las grandes ciudades del Norte. Los tribeños Hausa, provistos de armas de fuego y machetes, devastaron los distritos Sabón Gari matando a unos treinta mil Ibos. La mayoría de los supervivientes huyeron del Norte, algunos a través del Níger y otros de la selva, marchando al Este. En total, aproximadamente, un millón y medio de Ibos dejaron el Norte. Los Ibos cumplían un papel fundamental en la economía del Norte y su marcha causó un notable impacto perjudicial en ella. Todas las tareas que requieren preparación o habilidad administrativa eran realizadas por los Ibos antes de la crisis y, por ello, el éxodo Ibo produjo la virtual paralización de los servicios. Así, los ferrocarriles perdieron 6.000 ingenieros Ibos y miles de especialistas. La Corporación de Electricidad de Nigeria perdió la mitad de sus 800 empleados y sólo funcionaba a la mitad de su capacidad. El Departamento de Correos y Telecomunicaciones perdió el 80 por 100 de sus efectivos y cesó en su trabajo algún tiempo. Los bancos tuvieron que cerrar o reducir su jornada al verse sin personal capacitado. El aeropuerto internacional de Kano sólo quedó abierto al tráfico militar. El comercio quedó en el marasmo. Los hoteles, excepto el Hamdallah Hotel de Kaduna, se cerraron y los transportes cesaron en su actividad. El Gobierno cursó un cuestionario para determinar las proporciones del desastre, pero de 384 firmas de las principales ciudades sólo pudieron contestar 67 ya que carecían de personal apto para ello. La industria minera estaba paralizada porque el 95 por 100 de sus directivos y especialistas eran Ibos. Se trató de paliar la situación colocando Biroms en esos puestos, pero pronto estallaron dis-

cordias ya que reclamaban aumentos salariales. Durante esta primera etapa el sector agrícola no se vio afectado por el éxodo y continuó produciendo normalmente. Después, en una segunda fase, ocurrió lo contrario porque las ciudades se fueron recuperando poco a poco de la crisis y el sector agrícola se resintió al verse imposibilitado de transportar y vender sus productos. En esta coyuntura, el índice de crecimiento bajó del 4 por 100, que registraba en los años anteriores a la crisis, al 1,2 por 100 en 1967 y al 1,8 por 100 en 1968, al propio tiempo que decrecieron vertiginosamente las inversiones de capital. Las esperanzas de una rápida modernización del «gigante de Africa» se esfumaron por este sangriento conflicto tribal.

J. C. A.

*BULLETIN OF THE AFRICA  
INSTITUTE OF SOUTH AFRICA*

Vol. VIII, núm. 4, mayo 1970

*Nationalization* (Nacionalización), páginas 164-174.

Las campañas de nacionalización en Africa han seguido cuatro modelos distintos. El primero, ortodoxo en el sentido del capitalismo occidental, consiste en que el Estado asume, con o sin compensación, la propiedad completa y el control. El presidente Nasser de Egipto dio la pauta al proceder a la nacionalización del canal de Suez en 1956. Esta conducta egipcia fue seguida, en particular, por Argelia y Tanzania. El segundo tipo consiste en que el Estado se implica en la industria a través de corporaciones de negocios de propiedad estatal. El campeón de este tipo de nacionalización fue el presidente Nkrumah de Ghana cuya política consistía en no nacionalizar excepto en los casos en que los propietarios indicasen que pensaban cesar en sus actividades. El tercer caso es aquel en que el Estado

«requiere» a las compañías extranjeras propietarias para que le «invite» a tomar un interés que controle sus actividades. Este tipo de nacionalización, que ha sido llamado del «concepto del 51 por 100» ha sido popularizado por el presidente Kaunda de Zambia que anunció, en 1969, la nacionalización de las minas de cobre con las palabras siguientes: «He decidido que propondré a los propietarios de las minas a que inviten al Gobierno a unirse a las empresas mineras. Propondré a los propietarios de las minas que den el 51 por 100 de sus acciones al Gobierno». La cuarta forma de nacionalización es a través de la participación pública, más bien que estatal, en la economía. Constituye una forma de control de las industrias clave no directamente por el Estado, sino por los ciudadanos del Estado. El principal partidario de esta forma de nacionalización es el presidente Kenyatta de Kenya. Nyerere considera que la nacionalización es el ingrediente vital de la completa soberanía y un punto esencial de arranque del socialismo africano. Aunque la mayoría de los dirigentes africanos han simpatizado con el punto de vista de que la soberanía económica es un factor importante de la soberanía política (y la nacionalización fue aceptada como justificada en los países en desarrollo, durante la Conferencia de Solidaridad Afro-Asiática de Conakry, en abril de 1960), no todos los dirigentes africanos concuerdan con ese importante papel que atribuyen a las nacionalizaciones los presidentes Bumedian, Nyerere y otros. Así, entre varios, discrepa el presidente Senghor del Senegal que afirma que «nacionalizar el débil capital que tenemos a nuestra disposición significaría matar la gallina de los huevos de oro porque espantaría al capital, que tan urgentemente se necesita, haciéndole desistir de su intención de invertir».

Gabón, págs. 207-214.

Como su predecesor, el presidente Bongo favorece el estrechamiento de los lazos con Francia. En una visita a París dijo que todo gabonés se siente en Francia como en su propia nación. No obstante, aunque desea estrechar sus vínculos con Francia, Bongo ha expuesto claramente que no cerrará la puerta a la cooperación de cualquier otra procedencia y por ello busca ansiosamente relaciones multilaterales. Libreville ha concluido acuerdos comerciales con Alemania occidental y acuerdos de cooperación técnica y económica con Israel y la China Nacionalista. Aunque las finanzas americanas están fuertemente representadas en Gabón, las relaciones con los Estados Unidos no son muy sólidas. Los americanos han sido acusados de haber intervenido en el golpe de 1964 y Bongo expulsó al total de los *Peace Corps*. Gabón no tiene relaciones diplomáticas con los países comunistas. Un importante lugar en la política exterior gabonesa lo ocupa la cooperación económica regional y el país es miembro de la Unión Aduanera del Africa Central (UDEAC) y de la OCAM así como miembro asociado del Mercado Común Europeo. El 8 de mayo de 1968, Gabón fue el segundo Estado que concedió el reconocimiento formal de Biafra. El presidente Bongo que había criticado durante mucho tiempo el genocidio que practicaba el Gobierno nigeriano declaró en París, poco antes de que se anunciara el reconocimiento: «No podemos permanecer impávidos e inactivos mientras se está cometiendo un genocidio en Nigeria». En el comunicado oficial que anunciaba el reconocimiento de Biafra se decía que «el Gobierno del Gabón deplora la tragedia humana de que es víctima el pueblo Ibo y denuncia la guerra fratricida que está anegando en sangre una porción de la tierra de Africa». El presidente Bongo ha hecho del desarrollo económico el principal objetivo de su administración. En 1967, el Producto Nacional Bruto alcanzó los

159 millones de Rands y la renta *per cápita* se evaluó en 316 Rands, una de las más altas de Africa. La tasa de crecimiento es del 7,5 por 100 anual.

Vol. VIII, núm. 6, julio 1970

HILDGARD MULLER: *South Africa's Africa Policy* (Política africana de Sudáfrica), págs. 253-257.

Aun antes del Gran Trek y los días de las dos Repúblicas boers, actuábamos para la coexistencia pacífica. Más tarde, pero mucho antes del establecimiento del concepto central de Sudáfrica, el presidente Kruger extendía la mano en señal de amistad a los vecinos negros. Sin duda, él estableció los primeros cimientos para la conclusión de relaciones diplomáticas con los vecinos no blancos. En los años 1920, el general Hertzog, fundador de nuestro Departamento de Asuntos Exteriores, extendió esta idea: era en interés de Sudáfrica que se concluyesen relaciones diplomáticas con los Estados no blancos. En primer lugar, se dio el caso de la India y el alto comisario indio fue el primer diplomático no blanco completamente reconocido en Sudáfrica. Este punto de vista fue extendido aún más y desarrollado y en los años 1950, durante la jefatura del doctor Malan, se establecieron relaciones diplomáticas con Egipto y un representante diplomático del Gobierno egipcio fijó su residencia en Pretoria y Ciudad del Cabo. En 1951, el doctor Malan dirigió personalmente a través del Parlamento la legislación que hizo posible la extensión de las relaciones diplomáticas con los Estados no blancos. El sucesor de Malan, Mr. Strydom, estableció las líneas básicas de nuestra futura aproximación. En 1954 se manifestó claramente en favor de estrechar la cooperación con nuestros vecinos y otros Estados africanos con los cuales existen intereses comunes. Concibió esta cooperación basándola en el respeto de tales intereses mutuos con vistas a la seguridad común. Durante los días del doctor Verwoerd

este punto de vista se extendió refiriéndose claramente a los países de Africa. Su mensaje de la festividad republicana decía: «Vemos a Africa, por ejemplo, como un continente de muchas naciones, cada cual con su propio grado de desarrollo, cada una con su propia forma de gobierno, la que estime aceptable, cada cual con su propia paz y progreso. Es un continente de muchas naciones, naciones negras, con algunas blancas en su porción austral. No somos insensibles a las ambiciones ajenas. Por el contrario, como nación tenemos que luchar para conseguir consolidar esta libertad. Aquellos que creen en su propia nación y en su existencia separada, son capaces de comprender mejor los deseos de los demás para conseguir lo mismo. Comprendemos el nacionalismo de cada uno de los Estados de Africa... El principal principio es que nadie debe interferir con nosotros y que ese precepto por el que deseamos ser tratados, nosotros deseamos aplicarlo a los demás. No interferiremos en el desarrollo de Basutoland, Swaziland, Bechuanaland, Malawi o cualquier otro Estado de Africa. Nosotros ofrecemos nuestra buena voluntad y esperamos recibirla a cambio. No interferiremos, pero que no nos interfieran».

J. C. A.

## COMMONWEALTH

Londres

Vol. XIV, núm. 5, octubre 1970

WILLIAM F. GUTTERIDGE: *Africa's armies and the fortress of southern Africa* (Los ejércitos africanos y la fortaleza de Africa del Sur), páginas 179 a 184.

Una de las más importantes incógnitas que se presentan, respecto al conjunto de los países africanos situados al Sur del Sahara, es la de si sería posible que las fuerzas armadas de uno o varios

de los Estados negros atacasen con éxito al gran baluarte blanco «afrikander» que forma la Unión Sudafricana, y al cual tiende a juntarse cada vez más Rhodesia. La respuesta parece ser negativa, tanto porque la Unión Sudafricana tiene el más alto nivel de técnica y material en su ejército, como porque las fuerzas de los Estados negros están sobre todo concentradas en objetivos políticos internos.

Al cumplirse en 1960, en términos generales, los primeros diez años desde que gran parte de los nuevos Estados afronegros fueron alcanzando sus independencias, se recuerda que en algunos de los primeros tiempos aquellos nuevos Estados sólo llegaron a ser factibles gracias a la acción directa de las Naciones Unidas. Así sucedió en el Congo, en cuya efectividad influyeron los contingentes internacionales con fuerzas suecas, irlandesas, indias, malayas, marroquíes y etíopes, además de algunos contingentes negros de Ghana y Nigeria. En realidad, la acción de aquella fuerza internacional sirvió de ejemplo para que los gobernantes y los jefes de las tropas locales de los Estados y Estadillos africanos, en vías de creación o de organización, adquiriesen confianza en sus propias iniciativas. El ejemplo de las tropas de la ONU sirvió a Nigeria para crear un ejército federal de 150.000 hombres, con el cual ha impuesto la unidad por medio de la guerra interna. Pero eso no tiene nada que ver en relación con otra pregunta que ahora se hace frecuentemente desde algunos puntos de Europa. Es la siguiente: ¿Hay posibilidades de éxito en una operación africana dirigida contra la Unión Sudafricana, juntamente con sus vecinas Rhodesia y las zonas de Ultramar portuguesas? Es decir, aquello que los regímenes afronegros más exaltados denominan «los últimos bastiones del colonialismo».

El año 1965, en la conferencia celebrada por la OUA (Organización de Unidad Africana) en Addis Abeba, después de proclamarse la independencia de Rhodesia, los consejeros militares de

los países allí reunidos llegaron a la conclusión pesimista de que no podían hacer nada contra el nuevo Estado rhodesiano de dirección anglosajona. En realidad los países de dirección africana que más han desarrollado sus fuerzas armadas, lo han hecho por motivos internos y para aplastar movimientos regionales autonomistas como ha sucedido en Nigeria, el Sudán, Etiopía, etc.

Entretanto la república de la Unión Sudafricana se ha convertido en el poder continental local más efectivo. En los últimos cinco años ha doblado su ya cuantioso presupuesto de defensa, y puede poner en el acto sobre las armas un cuarto de millón de soldados (blancos) dotados del armamento más moderno. Además posee una aviación que aumenta sus aparatos ingleses Bucaneros y Camberras, así como los Mirage franceses.

En cuanto a las operaciones de guerrillas enviadas desde fuera, esta táctica ha fracasado en las contiguas zonas portuguesas de Angola y Mozambique, y no se ha podido hacer efectiva sobre Rhodesia. En caso grave ya parece efectivo que podrían encontrarse con la extrema barrera de las tropas del ejército *afrikander*. Así tiende a constituirse en el extremo Sur del continente una especie de fortaleza natural; con la cooperación de sus gobiernos actuales blancos, y además el concurso creciente de varios Estadillos negros contiguos o intercalados. Tales como Lesotho, Botswana, etc.

R. G. B.

#### RELATIONI INTERNAZIONALI

Milán

Vol. XXXIV, núm. 49, 5 diciembre 1970

FRANCO SOGLIAN: *L'Europa nei colloqui Brandt-Colombo* (Europa en las conversaciones Brandt-Colombo), páginas 1.143-1.144.

La integración euro-occidental (comúnmente llamada «europea» a secas,

por costumbre, pero no sin reservas mentales), y la evolución de las relaciones con el Este comunista, son los dos temas de evidente actualidad que dominaron las conversaciones entre Brandt y Colombo, durante la visita realizada a Roma por el canciller de Alemania federal. Sobre cada uno de ellos urgía una profunda confrontación entre los puntos de vista de los dos gobiernos aliados, sobre todo pensando en las perspectivas de reforzamiento y ampliación de la Comunidad de los Seis por una parte, y las decisiones que para la seguridad y la cooperación europea habrá de tomar el Consejo atlántico. Pero sería probablemente más exacto adaptar el punto central de las conversaciones, en el entrecruce de los dos temas; aunque se trate de una relación borrosa y deficiente documentable. De otro modo no se explicaría en realidad cierta incoherencia entre las premisas y las conclusiones de las conversaciones; entre las posiciones declaradas o presumibles de los dos interlocutores y su síntesis oficial.

Más en detalle, Brandt habló dos veces de «pleno apoyo» italiano a la *Ostpolitik* de Bonn; mientras que el comunicado conjunto sólo registra el «apoyo» de Italia «a la línea política del gobierno de Bonn, en relación con el Este europeo. Así, aunque el comunicado menciona «una amplia identidad de puntos de vista sobre los mayores y más actuales problemas de intereses comunes», la concordia no ha sido total. Es evidente que Italia aprueba y apoya la *Ostpolitik* en lo referente a la inspiración y la dirección. Análogamente Brandt ha tratado con calor la causa que más interesa a Italia, o sea, la ampliación y potenciación de la Comunidad de los Seis. El comunicado conjunto subraya, sin duda, las convergencias entre Roma y Bonn. Pero de parte italiana se da cuenta de que no obstante las seguridades sinceras de Brandt, la apertura de Alemania federal hacia el Este puede resultar no-gratuita para las relaciones de Bonn con sus aliados occidentales; aunque las condiciones de la reconciliación con los vecinos orien-

tales se hayan revelado como menos pesadas de lo previsto. Además, en materia de integración euro-occidental, la República federal no ha parecido nunca dispuesta a forzar verdaderamente la mano a Francia. París está siempre en disposición de no dejar a Bonn el monopolio de la distensión y la cooperación con el Este.

Todo ello puede explicar cómo el comunicado italo-alemán se haya expresado en términos muy fríos respecto a la seguridad europea. En cambio, después de haber desmentido que por parte italiana se hayan manifestado perplejidades sobre la *Ostpolitik*, el canciller ha afirmado que actuará para cooperar al éxito de la proyectada conferencia de reforzamiento de las premisas de una seguridad que se extiende hasta el Mediterráneo. Se trata evidentemente de concesiones al punto de vista italiano. El alemán no es fácil de definir, pero como un buen paso adelante en materia de seguridad europea pertenece verosimilmente a las condiciones necesarias para la consagración de los primeros frutos de la *Ostpolitik* en su conjunto, es lícito presumir que Bonn esté más propensa que sus aliados a abrir camino al Pacto de Varsovia.

ANTONIO MASSIMO CALDERAZZI: *Parábola del populismo americano* (Parábola del populismo norteamericano), págs. 1.148-1.149.

También los Estados Unidos son una «Sociedad bloqueada», como la Francia que Chaban Delmas afirma poder renovar con su propaganda racionalizadora. También de los países socialistas se debería decir que están «bloqueados», carentes de circulación, de recambio y elasticidad. Pero ¿por qué los Estados Unidos son una sociedad bloqueada? Por qué en estos años los impulsos para la renovación han venido, con aparente vehemencia de «fuerzas» que no eran verdaderas fuerzas dada su inconsistencia; es decir, de grupos minoritarios. Así los intelectuales, los pacifistas mili-

tantes, los extremistas negros, los estudiantes protestatarios. La opinión pública, en vez de ser ganada y arrastrada ha quedado antagonizada e impertérrita; registrada como «mayoría silenciosa» ante las reacciones del *law and order*. Han sido apuntalados el patriotismo, el conformismo, y los otros valores tradicionales de la vida norteamericana que la crisis de los años sesenta había puesto en duda. Este relevo de los valores tradicionales es debido tanto a los republicanos como a los demócratas; a los conservadores como a los liberales.

Cuando el proceso político se desarrolla enteramente en los términos del inmovilismo; cuando las grandes cuestiones de la nación y la sociedad no quedan ni resueltas ni verdaderamente afrontadas; cuando las aspiraciones y las tentativas reformadoras son regularmente frustradas por la realidad, entonces es inevitable hablar de sociedad bloqueada. La dialéctica política se

desenvuelve entre una mayoría indeterminada y una minoría impotente.

Respecto a esta sociedad bloqueada estadounidense la pregunta fundamental es preguntarse si la izquierda ha sabido contrarrestar el peculiar orden capitalista norteamericano; cómo la ha hecho, y cuándo lo ha hecho. Puede hacerse un análisis histórico comenzando por el movimiento populista desde 1890. Luego el intento de Roosevelt de lanzar un propio partido progresista en 1912 y así se llega como un momento de planteamiento completo al New Deal de F. D. Roosevelt y sus colaboradores. Aunque dicho New Deal no fue completo ni suficiente. Tuvo muchos enemigos en la extrema derecha, lo mismo que en los elementos más significativos del *Establishment* plutocrático. Y en los elementos reformistas dejó, un ambiente amargo de descontento, difundido entre las masas populares que habían esperado cambios más profundos.

R. G. B.

